

8

LOS PRIMEROS PASOS

Rafael Gutiérrez Girardot

Una lectura de la crónica de treinta años (1938-1968) de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, que publicó, antes de morir el siglo XX, Antonio Lago Carballo sorprenderá por el panorama académico que traza y la significación que entonces y más tarde habrá de adquirir la reconstrucción de la España devastada por la Guerra Civil, la continuación de la tradición que había iniciado su fundador Fernando de los Ríos Urruti, en 1932 y que habían afamado Menéndez Pidal, Américo Castro, Pedro Salinas, Luis Recaséns Siches, Gerardo Diego, por sólo citar a los más influyentes y conocidos en Hispanoamérica. En los cursos de verano de 1951 y 1952, a los que asistí, no se percibía presión política alguna ni, consiguientemente, afán de adoctrinamiento. Aunque la España de esos años había sido aislada y, quizá, precisamente por ello, los cursos de esos años replicaban elegantemente a esa situación: daban la palabra a europeos y a hispanoamericanos, ofrecían, pues, un panorama mundial, en el que no faltaba la imparcial exposición de las realidades del estalinismo. El horizonte ideológico era de una liberalidad moderada, que no mermaba en modo alguno los impulsos que suscitaba ese panorama mundial.

Las suscitaciones de los cursos, que se realizaban en el Palacio de la Magdalena, se satisfacían no sólo con las exposiciones y conciertos, sino también con lo que cabría llamar la

«infraestructura bibliográfica». Dos librerías de Santander atraían a los asistentes a los cursos: la librería *Sur* del novelista y director de la selecta revista y colección *La Isla de los ratones*, Manuel Arce, y la *Librería Hispano-Argentina* de la familia Pérez González. No se hacían competencia sino se complementaban en su propósito de corresponder a la atmósfera cosmopolita de los cursos, que además ampliaba. La primera ofrecía una selección de las obras más importantes de la literatura española del siglo XX y de la hispanoamericana no sofocada por la censura. La segunda había podido importar las obras publicadas por las más famosas, avanzadas y libres editoriales argentinas («Sur», «Losada», «Santiago Rueda», entre tantas más) y proporcionaba el conocimiento de obras fundamentales que no eran fácilmente accesibles.

Los profesores y asistentes al curso encontraban esas obras en la entrada del Palacio de la Magdalena. La *Librería Hispano-Argentina* las exponía en mesas colocadas al frente de la recepción en un lugar que invitaba a la tertulia. En gratas charlas sobre los libros que ofrecía el director de la librería, Francisco Pérez González, fue madurando el proyecto de fundar una editorial. Invitó a Jaime Suárez, director de la revista *Alcalá*, y a mí a concretarlo, y después de varias comidas en las que se buscó el nombre que debía dársele se propuso el nombre de Taurus, que sugería la «piel de toro» con que se había designado el mapa de España.

De la financiación se hizo cargo Pancho. Jaime Suárez no continuó el proyecto. Pancho y yo esbozamos el primer programa. Pancho entusiasmó a Miguel Sánchez a colaborar en la empresa. Éste trabajaba en la Editora Nacional y tenía experiencia, en la organización editorial, de la que carecíamos los otros dos socios. Pero a cambio de esa experiencia, Sánchez puso en juego su ingenio, por así decir, para hacer de la editorial un trampolín lucrativo de la difusión de su cultura. Como la única que tenía era la que proporcionaba la magis-

tral revista humorística *La Codorniz*, Sánchez propuso una colección de libros de humor y rechazó todo lo que tuviera exigencia y altura intelectual. Pese a eso, la editorial se perfiló con sus colecciones «Persiles», «Ser y Tiempo», y «Cuadernos» que recuperaron o dieron a conocer a autores como Américo Castro, Juan Luis Alborg, Leopoldo Rodríguez Alcalde, y toda una gama de clásicos y modernos de la cultura europea e hispánica contemporánea.

En julio de 1953 viajé a Friburgo desde Brisgovia, desde donde enviaba a Pancho informaciones y sugerencias sobre novedades alemanas o libros que era preciso dar a conocer. Alemania se hallaba en una época de reconstrucción. Lo que era preciso conocer no se reducía a lo nuevo (Heinrich Böll, por ejemplo) sino sobre todo a obras que habían sido condenadas al silencio por las turbulencias de la Guerra Mundial y que a partir de los años cincuenta se habían reeditado. Entre ellas, recomendé e hice las gestiones para la concesión de los derechos de autor del libro de Walter Bröcker *Aristóteles*, aparecido en 1935. En la bibliografía sobre Aristóteles de entonces sobresalían dos títulos de dos discípulos de Heidegger: uno de ellos era Bröcker. Miguel Sánchez interceptó la carta de la editorial alemana que concedía los derechos de autor e imposibilitó su publicación. Cabe sospechar que Sánchez obstaculizó varias sugerencias y que destruyó los testimonios de ellas.

En una ocasión, si mal no recuerdo, Pancho me presentó a Vintila Horia, quien había pasado su exilio en Buenos Aires y quería vivir en España. El escritor rumano estaba familiarizado con la cultura europea del medio siglo XX y su colaboración resultaba ideal para la meta moderna y cosmopolita que teníamos en mente Pancho y yo, y que, en nosotros dos, estaba nutrida por la conciencia de la «hispanidad». Se requiere un excursus inevitablemente polémico sobre este concepto. Una ignorancia de cuño eslavo leninista-estalinista difundió la leyenda de que el concepto de la «hispanidad» fue una arro-

gancia imperialista de Franco. La noción de «hispanidad» es anterior al ascenso de Franco al poder. La fundamentó filosóficamente Ramiro de Maeztu en su libro *Defensa de la hispanidad* (1934) y explicitó esa fundamentación en su ensayo *La nueva filosofía de la historia y el problema de la hispanidad* del mismo año. No pretendía postular una reconquista de Hispanoamérica sino dilucidar en el marco de la filosofía contemporánea (Hegel-Nicolai Hartmann) una filosofía de la historia de España y el mundo creado por ella, que partió del concepto hegeliano de «espíritu objetivo» para resaltar la peculiaridad y superioridad del «espíritu» del mundo hispánico. No cosa diferente se propuso Manuel García Morente con su libro *Idea de la hispanidad* (1942), que flanqueaba desde el lado español y extendían a la península la exaltación del espíritu hispanoamericano, como antídoto contra la avalancha imperialista anglosajona, que había hecho Rodó en su *Ariel* (1900). Ese concepto era una simple comprobación histórica. La hispanidad que fomentaba la Universidad Internacional Menéndez Pelayo no era agresiva contra nadie ni simplemente defensiva, sino consciente, una vez más, de la significación política que tenía la comunidad de pueblos que había configurado el Imperio español y que supervivió a su decadencia. Pancho y yo compartíamos esa conciencia. Con la Editorial Taurus nos propusimos subrayar su evidencia y creo que la concesión de la medalla Nebrija a Pancho por su creación de una comunidad editorial hispanoamericana es un reconocimiento de la certeza y fundamentales efectos culturales de esa conciencia.

Vintila Horia colaboró con la editorial, y es preciso recordar que la apertura de Taurus bajo la dirección de Pancho le inspiró la fundación de la primera agencia literaria en el mundo hispánico que luego heredó Carmen Balcells. Fue, si se quiere, una virtud del entusiasmo y generosidad que irradiaba Pancho.

Ésta tenía una fuerte sustancia quijotesca, que daba a la empresa la dinámica de una aventura. Feliz resultó, en parte, a la que Pancho se arriesgó con generosa y extremada buena fe con el lanzamiento de Jesús Aguirre, su paisano santanderino, famoso porque en 1951 había terminado sus estudios de bachillerato con premio extraordinario. El joven genio y futuro renovador de la moderna teología, posible candidato a arzobispo o cardenal, estudiaba en 1957 teología en la Universidad austríaca de Innsbruck. Pancho me preguntó por la posible colaboración de este sacerdote. Yo le propuse que el oyente del más famoso teólogo católico del siglo XX, Karl Rahner, profesor en Innsbruck, tradujera su obra fundamental: *Espíritu en mundo, sobre la metafísica del conocimiento finito en Tomás de Aquino*. El genial filósofo, que más tarde confundió a Rahner con Adorno y a Innsbruck con Francfort, prefirió traducir los sermones, considerablemente menos exigentes que la obra filosófica teológica de Rahner. Poco antes de esta propuesta, Pancho había entrado en contacto con Xavier Zubiri y le había propuesto la publicación de sus cursos. Los organizadores de esos cursos, Pedro Laín Entralgo, Enrique Gómez Arboleya y Francisco Javier Conde, habían encargado a expertos taquígrafos la transcripción de las conferencias que, por lo demás, al ser pronunciadas ya parecían listas para la imprenta. Zubiri accedió, pero dedicó tanto tiempo a la corrección de los manuscritos que el proyecto se aplazó y la inversión ocasionó una crisis de la editorial. Para superarla, el banco del caso instauró a Francisco García Pavón como director. Su concepción de la literatura y la cultura era considerablemente limitada. Como erudito, legó su libro *Teatro social en España* que, lo mismo que sus cuentos casi completos, no mereció el recuerdo de la posteridad. Publicó a los autores canónicos ya conocidos entonces (y difundidos por la editorial antes de su provinciana regencia, como Américo Castro), pero despertó la impresión de que le atemorizaba la cultura europea

que no se conocía en Madrid. Me sorprendió su legendaria caballerosidad cuando propuse la traducción del libro *Los filósofos presocráticos* (1957) de G. S. Kirk y J. E. Raven, publicado por la Cambridge University Press, y cuyo primer tomo fue considerado como la nueva obra estándar sobre el tema. Yo ignoraba el cambio de orientación y dirección de la editorial, pero los esfuerzos que hizo el aspirante a Galdós para poner su sello a la cultura hispánica debieron de ser tan inmensos que él creyó que su ascenso era un triunfo comparable a la culminación de la Reconquista y que, por ello, el pasado tenía que ser erradicado sin consideración alguna. Y efectivamente, la carta que me escribió como respuesta a mi propuesta, rayana en el insulto, no tuvo en consideración el hecho de que yo no era empleado de la editorial y que por tanto carecía de fundamento la iracunda prohibición que me hizo de proponer o gestionar nada para ella. Cabía entonces suponer que el cosmopolita de verbena sería el sepulturero de la editorial y, para no arriesgar la posibilidad de que el insigne caballero aumentara sus corteses patadas, obedecí su curioso comando. Pero Taurus resucitó. El padre Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate reanudó la apertura a la cultura europea moderna: dio a conocer en España a Walter Benjamin (que ya había sido traducido y publicado en Buenos Aires en 1961), al gran satírico austríaco Karl Kraus, por sólo citar dos autores alemanes que entonces sobresalían en el escenario europeo. Y enriqueció la línea de serio «aggiornamento» que Pancho había iniciado con la publicación de Teilhard de Chardin y que luego orientó Olegario Andrade con su colección de espiritualidad.

Éstos fueron algunos de los primeros pasos de una aventura que tuvo sus comienzos hace medio siglo y que soportó la zancadilla de Miguel Sánchez, el empedrado agresivo y parroquial de Francisco García Pavón y que fue restaurado por una eficaz bomba de jabón: Jesús Aguirre, autor de defectuosas traducciones de Walter Benjamin, fue un peculiar espe-

cialista en Walter Benjamin de renombre mundial: aunque no se conoce un solo ensayo y menos aún un libro suyo sobre Benjamin, fue invitado por los germanistas norteamericanos a dictar conferencias en varias universidades norteamericanas. El Padre había hecho el milagro de rescatar a Taurus de la fosa a la que la había lanzado García Pavón y se ejercitaba a su mayor gloria en el otro milagro de ser especialista de renombre mundial sin haber escrito y publicado una sola línea sobre el autor en el que era especialista. Sin embargo, la especialización en Walter Benjamin y la fundamentación indirecta y fantástica de ella, esto es, su afirmación de que había sido discípulo de Theodor W. Adorno en Francfort, de que era peculiar miembro de la Escuela de Francfort, aunque en la colección de publicaciones de esa Escuela no se encuentra un solo título del discípulo español, Jesús Aguirre; esta fantasía irradió olas de una izquierda en España que deseaba y fomentaba la «transición». Bajo la dirección de Jesús Aguirre, Taurus contribuyó a la «europeización» de España.

Al integrarse al Grupo Santillana, Taurus volvió a su lugar de nacimiento, y con él se extendió por el Nuevo Mundo. En cincuenta años Pancho construyó una institución hispanoamericana que mantiene viva la conciencia de comunidad del mundo hispánico.